

# DURANGO Y SU GENTE\*

Ma. Guadalupe Rodríguez L.

\*Texto leído en la presentación del libro *Durango y su gente. La representación de imágenes fotográficas de una sociedad (1850-1970)* de Miguel Vallebuena Garcinava y Silvia Nájera Tejada.

*DURANGO Y SU GENTE* es un libro para el goce y para la emoción. Personalmente, en él encontré a mi mamá, a mi papá, a mis amigas, a mis vecinas, encontré mi ciudad, y cientos de imágenes más con las que iba recuperando trozos de mi vida. Es un libro en el que, de muchos modos, todos los duranguenses nos vamos a encontrar. Quiero decir también que en esta obra encuentro el mejor momento de Miguel Vallebuena: el momento del historiador que ha hecho muchos libros cumpliendo con responsabilidades académicas, y a veces políticas, y todos los ha hecho bien. Pero en este momento, Miguel se da el lujo de hacer libros –como éste– por placer. E igual los hace bien.

El libro, en el que comparten créditos Silvia Nájera y Vallebuena, abre con una serie de textos históricos que hablan sobre las primeras fotografías en México y sobre los fotógrafos de Durango, para seguir con una explicación cronológica de las formas que fue asumiendo la fotografía en Durango, a lo largo de los ciento veinte años seleccionados.

Entre textos y fotografías, *Durango y su gente* es un libro lúdico en el que se va de la curiosidad al asombro y a la incredulidad; el lector recuerda, ríe, se conmueve, se fascina y vuelve a reír. De inicio, el encantador fotógrafo de la página 8 (spf) con ademán de invitación a entrar al libro, atrapa la atención del lector que no podrá soltarlo, porque cada página le mostrará algo propio. Así por ejemplo, las casas con arcadas, con jaulas aprisionando chenchos y canarios, esas que aparecen en el libro, eran comunes en la ciudad; casas donde la noción de jardín era la de un patio con macetas y geranios, algún naranjo y en mi caso y en mi casa, un piracanto. Ninguna de las casas del libro es mi casa, pero todas me son, en cierto modo, familiares.

*Durango y su gente* es una historia de Durango contada de otro modo; digamos que es una historia material en la que los conceptos, el tiempo, el género y la condición social se corporeizan; el nacionalismo asume rostro e indumentaria; la marginación tiene

mirada propia; la pobreza lleva rebozo; decir «buenas familias» son ropones de encaje y abanicos; clases sociales es un concepto visible en alfombras, sillas, cortinajes e imágenes religiosas para la foto de los más pudientes así como en sarapes, muros de adobe o ajados lienzos con paisajes, como telón de fondo para la imagen de los más pobres. Niñas con flores y muñecas, niños con carritos, rifles y mascotas; violines para las señoritas y tamboras para los hombres, cosas y actitudes materializan el género en la imagen.

La historia de la educación se cuenta en este libro a grandes rasgos con retratos que se completan con los recuerdos propios; mesabancos compartidos, paredes con mapas y Benitos Juárez colgando de los muros; flores, cortinas y tapetes o austeros salones con piso de ladrillo y focos pelones, cuentan sobre las escuelas donde maestras y profesores enseñaban a leer y a cantar el himno nacional. Y sin ser nosotras las que aparecen en el libro, quienes fuimos a las escuelas públicas ahí nos podremos ver sentadas, en los mismos mesabancos todavía a mediados del siglo veinte, rodeadas de mapas y dibujos, y en las ventanas, una larga hilera de frasquitos con algodón y humedad, donde aprendíamos cómo nace una semilla de frijol.

Las particulares nociones de elegancia de las elites duranguenas, de los finales del diecinueve y los principios del veinte, se concretan en sombreros, vestidos ornamentados con encajes y bordados; leontinas, cadenas, camafeos, albos botines, moños, peinetas, sombrillas, entre otros. Particularmente en el vestido, esta es una historia que se debe leer con lupa; las imágenes pletóricas de detalles obligan a escudriñar en las manos, en el cuello, en los pies y en las orejas, buscando los detalles ya que todos dicen algo; cada detalle habla de un tiempo, de una costumbre, o de una condición social.

La música que se tocaba y se oía en las distintas épocas, se vuelve más imaginable cuando, en las fotos, los instrumentos muestran sus formas y sus particulares agrupamientos en las bandas, (militares y civiles) en las orquestas de varones y en algún delicado quinteto de niñas y señoritas, como el que muestra la portada. Sólo mandolinas, violines, pianos y guitarras –según sugieren las imágenes– fueron en un tiempo, aceptables para las señoritas, mientras que en las orquestas de varones, a las cuerdas se sumaban los metales; los tambores y tarolas parecen haber

quedado por muchos años, asociadas a las bandas militares que, durante la revolución acompañaron a los distintos regimientos para animar a la tropa, pero que también solían ser las que alegraban a la población en los desfiles y en las serenatas ofrecidas en la plaza principal.

En este libro, la revolución, quizá uno de los pasajes de la historia más fotografiados, muestra los rostros que tuvo la rebelión en Durango; la algidez y los temores vividos en 1913, a la toma de Durango, parecerían haber provocado una gran fascinación en los fotógrafos que salieron a las calles, a las plazas y al campo, a tomarle fotos a la revolución. Una alameda repleta de expectantes sombrerudos; un elegante grupo de empleados de La Suiza armados con sus carabinas; una Catedral usada como fortín y la población fluyendo a ella; los «curros» de la Defensa Social, desfilando frente al cuartel y apostados frente a la tlapalería La Aviadora, haciendo ostentación de su influencia y su poder social; comercios incendiados, pobladores curiosos, morbosos o atemorizados, quedaron en las fotos como testimonio de lo que vieron los duranguenses y de cómo lo vieron los fotógrafos del momento. Ciertamente, también estaban las fotografías de estudio para los revolucionarios quienes gustaban de retratarse, en grupo, con sus rifles y carrilleras, seguramente para enviar a sus familias y quizá teniendo en mente aquello de «...y si acaso yo muero en campaña». El tren, las mujeres y los niños, se asoman también en las imágenes, como actores de la guerra. Y Villa no podía faltar, el revolucionario más filmado y más fotografiado, aparece vitoreado por sus hombres en una hermosa imagen tomada en Guanaceví, por el fotógrafo Martiniano Lara.<sup>1</sup> Este, con José Zeferino García de la fotografía Luz y Sombra, según firma de las fotos, y Ricardo Barney –según los autores– fueron los artistas que lograron captar las imágenes de la revolución dejando testimonio de ella y en el caso de García, nos dicen, fue «uno de los fotógrafos más prolíficos de Durango... formando la más importante colección fotográfica del estado».<sup>2</sup>

El libro, una síntesis histórica de ciento veinte años, expuesta en más de cuatrocientas imágenes, como cualquier libro, abre interrogantes; una de ellas es: ¿por qué en todo ese tiempo, la gente de Durango no reía frente a la cámara? ¿Por qué ricos y pobres se mostraban tan circunspectos frente al fotógrafo? Y si se vale

1. *Durango y su gente...*p. 117.

2. *Ibid.* p. 19.

3. Ibid. p. 70.

4. Ibid. p. 26.

imaginar, yo imagino que entre las «buenas familias» la seriedad al posar se asociaba al buen comportamiento y a la discreción, símbolo de maneras educadas de las que, tal vez, pretendían dejar constancia inequívoca en el papel impreso. Imagino también, que entre la gente humilde, mucho menos acostumbrada a los *flashes* y a los fotógrafos, estar frente a la lente podía resultarles atemorizante. Conjeturas más, conjeturas menos, lo cierto es que, las primeras risas francas y sonrisas amplias empezaron a aflorar en las fotografías –según cuentan los autores con esta, su historia gráfica– hasta los años cincuenta.

En la centuria previa no más de una decena de imágenes muestra una sonrisa; y, vale decir, éstas corresponden a niños y a mujeres, entre las cuales, por cierto, estaban las jóvenes Natera y Veyán.<sup>3</sup> En general, podemos decir que, todos los actores de esta obra: niños, novios, revolucionarios, músicos, ferrocarrileros, familias, reinas, obreros, estudiantes, deportistas, paseantes, sacerdotes: hombres y mujeres de cualquier estrato social, por décadas inhibieron la sonrisa ante una cámara.

Y curiosamente, así como la gente de Durango no se ríe en las imágenes, tampoco se toca. Hay una distancia explícita aún en los cuerpos cercanos. Las imágenes muestran un casi nulo contacto físico; la proximidad se ve acaso en las fotos de parejas donde lo común es una mano femenina que se posa en el hombro del varón. Una imagen porfiriana –dicen los autores– en la que «era común que el marido se retratara sentado como símbolo de la autoridad que ejercía dentro de la familia y a su lado la nueva esposa de pie guardaba por la integridad del hogar».<sup>4</sup> Pero aunque fuese un contacto tan sutil, y tan apenas perceptible, la muestra fotográfica deja claro que, frente al fotógrafo, entre los adultos, las mujeres tocaban, los hombres no. E igual que con la risa, el contacto físico aparece como prerrogativa casi única de las mujeres y de los niños. Las mujeres tocaban suavemente el hombro del varón y los niños eran sostenidos en brazos (que no precisamente abrazados) o tomados de los hombros, por los adultos, para la foto.

Es cierto que la gran mayoría no eran fotos espontáneas, la gente posaba y se ponía formal. Y si seguimos con la imaginación, yo imagino que no tocar ni reír, es la expresión de una so-

ciudad puritana que podía ver en el abrazo y la risa actitudes relajantes de la conducta que, por consecuencia, no era permisible hacer explícitas en imágenes que quedarían para la posteridad.

Alrededor de 60 fotografías de estudio, algunos de los cuales igual tomaron fotografías de la ciudad y del interior del estado, fueron los que se ocuparon de captar –como leemos en el libro– los momentos más significativos en la vida de los duranguenses, bodas, bautizos, fiestas familiares, primeras comuniones e incluso muertes. De ese más de medio centenar de fotografías consignados en esta investigación, sólo cuatro son mujeres: Carmen Herrera esposa de Ricardo Barney, quien ya viuda se ocupó del estudio; Lupita Valenzuela, «la maga de la fotografía» y su ayudante Carmelita Reyes y finalmente, Virginia Navarro, hija de Florencio Navarro, a cuya muerte su hija asumió la responsabilidad en la Fotografía Mexicana. Pero fotógrafa por su cuenta, de acuerdo al balance de los autores, parece ser que sólo fue, Lupita Valenzuela.

Una duda más, es si sería factible identificar una forma propia de captar la realidad por la mirada femenina. ¿Será que las mujeres pudieron haber privilegiado algún aspecto u objeto de atención que marcará diferencias con sus colegas varones? ¿Será que las fotógrafas tenían una mirada propia o diferente?

Una última duda, ligada al virtual puritanismo de la sociedad duranguense es: ¿dónde están las fotos del otro Durango; las imágenes –como diría Mauricio Yen– de la otra historia? Algo de ello se esboza por ahí en una fotografía, de los años 30 quizá, donde se ve a los presos trabajando en «obra pública», dice el pie de foto «por la calle 5 de febrero». Pero ¿dónde están las fotos de la prisión y de sus inquilinos? ¿Dónde las de las cantinas y sus parroquianos? ¿Dónde están las prostitutas y los burdeles? ¿Dónde están los desnudos? ¿Acaso no había ningún fotógrafo que se moviera en esa frágil frontera entre el arte y la pornografía? Porque sabemos que todos aquellos personajes fueron también parte del paisaje y de la gente de Durango; lo que no sabemos es si hubo alguien que, transgrediendo las barreras morales existentes, se haya asomado a esa realidad que hoy continúa velada y como inexistente. Una forma de saber si hubo algún fotógrafo que trabajara en esa vía sería quizá convocando, al

próximo concurso del Archivo Municipal y la fototeca del INAH, con el tema de las fotografías prohibidas.

Todas las dudas anteriores no podrían haber brotado si no es con una muestra suficientemente amplia como la que presenta este libro, para afirmar que la gente –ante el fotógrafo– era absolutamente austera y que el lado oscuro de Durango, aparentemente no fue fotografiado.

Cierro con un comentario final relativo a la edición. El trabajo de Silvia Nájera y de Miguel Vallebuena fue, sin duda una labor que –aunque disfrutable– requirió de mucho tiempo y trabajo, dando como resultado un hermoso y valioso libro. Sin embargo, previo reconocimiento al ICED por la publicación del mismo y por el diseño de Marcela Román, quiero mencionar lo que parece una falta de atención o cuidado en el proceso de edición, que se tradujo en errores de dedo que no fueron corregidos, así como en la forma desigual con que se identifican las fotografías a pie de foto. Si bien, estos pudieran pasar como pecados menores, son pecados que no deben acompañar a ninguna publicación, mucho menos siendo editada por una institución que tiene ya un largo camino recorrido en la labor editorial.

Por lo demás, muchas felicidades a los autores pero, sobre todo felicidades a la gente de Durango que cuenta ya, con un libro de sí misma.

*Ma. Guadalupe Rodríguez L.*

19 de febrero de 2016